

La predicación
guiada *por el*
texto

La Palabra de Dios
en el corazón de cada sermón

David L. Allen David Akin
& Ned L. Matthews
Editores generales



Palabras
de Gracia

LA PREDICACIÓN GUIADA POR EL TEXTO

Daniel L. Akin, David Allen, and Ned L. Mathews

Publicado originalmente en inglés con el título: *Text-Driven Preaching Copyright* © 2010 Daniel L. Akin, David Allen, and Ned L. Mathews, publicado por B&H Publishing Group, USA.

Traducción al español © 2025 por The Master's Academy International, Estados Unidos, y Palabras de Gracia, Colombia.

Esta versión en español se publica bajo un acuerdo con B&H Publishing Group mediante Riggins Rights Management.

Traducido por: Sergio I. Castrillón C.

Ninguna porción de este libro se puede reproducir, almacenar en un sistema de recuperación o transmitirse de forma alguna —electrónica, mecánica, fotocopia, grabación u otra, excepto por citas breves en reseñas escritas— sin el permiso previo de la editorial.

A menos que se indique algo distinto, las Escrituras se toman de La Biblia de las Américas (LBLA), Copyright © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.LBLA.com

Las citas bíblicas identificadas (RVR1960) se toman de la Reina-Valera 1960™ © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas.

Publicado en © 2025 por Palabras de Gracia

SemDex Colombia

Carrera 45a # 118 - 96

Bogotá, Colombia

www.palabrasdegracia.com

www.semdex.org

Categoría: RELIGIÓN/Ministerio cristiano/predicación

ISBN: 978-628-96525-5-0

Impreso en Colombia

CONTENIDO

Lista de abreviaturas	v
Introducción <i>David L. Allen</i>	1
Parte I: El predicador y la predicación guiada por el texto	
1 . La retórica antigua: un modelo para predicadores guiados por el texto <i>Paige Patterson</i>	11
2 . Una historia de la predicación guiada por el texto <i>Jim Shaddix</i>	37
3 . El secreto de la predicación con poder <i>Bill Bennett</i>	55
4 . Las disciplinas de un predicador guiado por el texto <i>Ned L. Matthews</i>	77
Parte II: Preparación y predicación guiada por el texto	
5 . Preparación de un sermón guiado por el texto: un fundamento bíblico y teológico <i>David L. Allen</i>	103
6 . Exégesis para el sermón guiado por el texto <i>David Alan Black</i>	139
7 . Géneros bíblicos y el sermón guiado por el texto <i>Robert Vogel</i>	169
8 . Teología bíblica y predicación <i>James M. Hamilton Jr.</i>	199

Parte III: La predicación del sermón guiado por el texto

9 . Teoría de la comunicación y la predicación guiada por el texto <i>Hershael W. York</i>	227
10 . Cómo entregar un sermón guiado por el texto <i>Adam B. Dooley y Jerry Vines</i>	251
11 . La aplicación de un sermón guiado por el texto <i>Daniel L. Akin</i>	277
Conclusión <i>Ned L. Matthews</i>	307
Índice de nombres	315
Índice de Escrituras	325

LISTA DE ABREVIATURAS

BDAG	Bauer, W., F. W. Danker, W. F. Arndt, and F. W. Gingrich, <i>Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature</i> . 3ra ed.
<i>BibSac</i>	<i>Bibliotheca Sacra</i>
CBQ	<i>Catholic Biblical Quarterly</i>
CTR	<i>Criswell Theological Review</i>
ERT	<i>Evangelical Review of Theology</i>
<i>ExpTim</i>	<i>Expository Times</i>
FM	<i>Faith and Mission</i>
FN	<i>Filologia Neotestamentaria</i>
GTJ	<i>Grace Theological Journal</i>
JBDS	<i>Journal of Beeson Divinity School</i>
JETS	<i>Journal of the Evangelical Theological Society</i>
JP	<i>Journal for Preachers</i>
JSOTSup	Journal for the Study of the Old Testament: Supplement Series
NAC	New American Commentary
<i>NIDNTT</i>	<i>New International Dictionary of New Testament Theology</i>
<i>NovT</i>	<i>Novum Testamentum</i>
NTOA	Novum Testamentum et Orbis Antiquus
RB	<i>Revue Biblique</i>
<i>SBJT</i>	<i>Southern Baptist Journal of Theology</i>
<i>SJT</i>	<i>Scottish Journal of Theology</i>
ST	<i>Studia Theologica</i>
SWJT	<i>Southwestern Journal of Theology</i>
TDNT	<i>Theological Dictionary of the New Testament</i>
TJ	<i>Trinity Journal</i>
<i>TynBul</i>	<i>Tyndale Bulletin</i>
UBS	<i>The Greek New Testament</i> , United Bible Societies
VTSup	Vetus Testamentum Supplements
WTJ	<i>Westminster Theological Journal</i>

INTRODUCCIÓN

David L. Allen

En cualquier domingo a través del panteón de predicación actual se puede observar un grupo diverso de devotos, algunos que rinden tributo a la capilla de la «creatividad», otros que se sientan a los pies de lo «culturalmente relevante»; hay algunos que se quedan absortos ante la nave denominada «narrativa», mientras que los corazones de otros reciben un extraño alivio ante el cazado de la «psicología *pop*». Nunca hay escasez de adoradores en el altar de la «nueva homilética», y en el sagrario «temático» siempre hay una porción de asistentes el primer día de la semana. Con el temor de no haber descubierto todavía algún «método homilético», los guardas del panteón han instalado un altar que reza «Al método de predicación desconocido». Es ese método que los autores de este libro traen ante usted; de hecho, el método en sí no es para nada «desconocido», y como la verdadera iglesia sobre la tierra, siempre ha tenido sus representantes en cada era de la historia eclesiástica. Es más, es el método más antiguo en el panteón de la predicación, el cual los primeros predicadores en la era apostólica de la iglesia utilizaron; se llama «predicación expositiva».

Pero ¿por qué este método de predicación con tan amplia tradición ha caído en desuso en muchos lugares y en abuso en otros tantos? ¿Qué

ha sucedido para que se engendren tantos métodos sustitutos? No debería sorprender que el siglo que presencié el mayor asalto contra la autoridad bíblica (el siglo XX) sea a la vez el siglo que ha presenciado un ataque sin parangón contra la predicación expositiva. A veces, el asalto ha sido frontal; en otras, subrepticio. Los ataques masivos y esporádicos de sus detractores, junto con la irritante negligencia de sus amigos, continúan sin cesar. Con todo, desde la arenga de Harry Emerson Fosdick en 1928 a la «nueva homilética» de Fred Craddock; desde la iglesia de sermones «con propósito» *boomer* de Hybel/Warren a los gurús «grandes comunicadores» como Young/Stanley; desde los Osteen con «su mejor vida ahora» a las locas desventuras de la iglesia emergente; y desde los exabruptos de Buttrick a la diatriba dialógica de Pagitt, la predicación expositiva está bajo ataque en nuestros días. Pero de alguna manera esta predicación se las ha arreglado para mantenerse con vida, rehúsa pasar a mejor vida. De hecho, en algunos focos homiléticos en la cristiandad, está experimentando un notable avivamiento.

Paul Van Gorder, exasistente de Richard Dehann, recuerda con claridad una llamada telefónica tarde en la noche que su padre recibió. Cuando Van Gorder era un adolescente, su padre, el pastor de una iglesia bautista local, recibió una llamada a las 11:00 pm del sábado 3 de julio, del pastor metodista local. Parece que el pastor estaba muy emocionado por el sermón del 4 de julio, pero no podía recordar el texto bíblico del cual quería predicar. Quería saber si él, al recitar el pasaje, el pastor Van Gorder podría decirle dónde encontrarlo en la Biblia. «¿Cuál es el texto?», preguntó Van Gorder. El pastor respondió: «¡Dadme libertad o dadme muerte!».

Podemos agradecer al menos que el pastor pensara que tenía un texto, aunque proviniera de los anales de la libertad estadounidense y no de la Biblia. Cualquiera que fuera su sermón el siguiente domingo en la mañana, de cierto no fue «guiado por el texto».

¿Qué es exactamente la predicación guiada por el texto? ¿Es solo otro nombre para la predicación expositiva? En un sentido, sí. No obstante, mucho de lo que se arroja a la sombra de la exposición hoy en realidad no merece ese nombre. Mientras que hay muchos libros sobre el tema

de la predicación, aquellos que promueven un método expositivo de predicación son contados; de esos, muchos tratan el tema en formas más generales y tradicionales. Este libro descansa sobre el fundamento bíblico y teológico de la exposición: Dios ha hablado. Dios no ha guardado silencio; él se ha revelado en Jesús, quien es la Palabra viviente, y en la Escritura, que es la palabra escrita. Por tanto, ¡el fundamento teológico para la predicación guiada por el texto es el hecho de que Dios ha hablado!

Es la naturaleza misma de la Escritura que demanda un método guiado por el texto para la predicación. Dios es el autor último de la Escritura, según 2 Timoteo 3:16 (RVI960): «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia». Lo que la Escritura dice es en realidad la palabra de Dios.

Tanto la inerrancia como la suficiencia de la Escritura sirven como fundamento teológico para la predicación guiada por el texto; se trata del testimonio de la Biblia misma. Por ejemplo, es interesante cómo «Dios» y «Escritura» son términos intercambiables mediante la metonimia cuando los autores del Nuevo Testamento citan el Antiguo Testamento. Por tanto, se ve a Dios como el autor, incluso cuando él no es quien habla en Mateo 19:4–5, y «la Escritura dice» se usa cuando Dios mismo es quien habla de manera directa en lo que se cita, como en Romanos 9:17; en tres lugares se entiende que la Escritura es «el discurso de Dios» (Gá 3:8,22; Ro 9:17). En palabras de J. I. Packer, «La Escritura es la predicación de Dios».¹

La mejor predicación a lo largo de la historia de la iglesia siempre ha sido predicación expositiva. Incluso antes del advenimiento de la iglesia, la predicación judía buscaba hacer evidente el significado de un pasaje de la Torá. Una cualidad clara de la predicación judía en las sinagogas era que estaba centrada en el texto. Los apóstoles continuaron este método, así como los primeros padres de la iglesia. En la era patrística, Orígenes, Crisóstomo, Agustín y otros mostraron una exégesis y explicación meticulosas de la Escritura en su predicación; Orígenes fue el primero en

1 J. I. Packer, *God Has Spoken* (Grand Rapids: Baker, 1979), 97.

predicar a lo largo de libros de la Biblia. Durante este periodo, hubo distintos métodos de predicación, pero nunca hubo un momento cuando la exposición no se apreciara y practicara.

Mientras que la predicación menguó durante la Edad Media —Bernardo de Claraval fue una excepción—, con la Reforma del siglo XVI vino un resurgimiento de la predicación expositiva. La publicación del *Nuevo Testamento Griego* de Erasmo, junto con otros factores, contribuyó a que los reformadores redescubrieran la Escritura en su idioma original y la predicación genuina, centrada en la Biblia. Lutero, Calvino y Zuinglio predicaron de forma expositiva; los puritanos posteriores a la Reforma continuaron este legado. La exposición sistemática se practicó con frecuencia en las iglesias. Desde el tiempo de la Reforma hasta ahora, la mejor predicación que se ha hecho en las iglesias ha sido la predicación que es en esencia expositiva en su carácter y método.

Ahora, si este es el caso, ¿cómo es que mucha de la predicación que satura los púlpitos hoy es cualquier cosa menos una exposición de un texto bíblico? ¿Con cuánta soberbia pensamos que podemos tener algo más importante que decir lo que Dios mismo ha dicho mediante la Escritura? Es el tope de la arrogancia reemplazar las palabras de Dios con las de los hombres. Mucho de la predicación moderna es horizontal en lugar de vertical, es decir, es una predicación centrada en el hombre, que apela a las así llamadas necesidades percibidas en lugar de exaltar a Dios ante las personas como el único que puede satisfacer las necesidades genuinas.

La iglesia de hoy está anémica espiritualmente por muchas razones, pero una de las principales debe ser la pérdida de contenido bíblico en mucha de la predicación contemporánea. La psicología *pop* muchas veces reemplaza a la palabra de Dios; los mensajes alentadores sobre «Cinco formas de ser feliz» y «Tres formas de amar a tu madre» se han vuelto la dieta alta en azúcares con la que se alimenta a la iglesia promedio. En consecuencia, el enfoque de los sermones actuales está en la aplicación, pero una aplicación sin garantía textual alguna; no da en el clavo, ya que necesita la precisión del significado textual. Así las cosas, el contenido bíblico debe preceder a la aplicación; ¿cómo más se

puede saber qué aplicar? Así, en el afán permanente de ser relevantes, las revistas de actualidad y los programas populares de televisión han reemplazado a la Escritura como recursos para sermones. Hay otras señales de esta anemia: en algunas iglesias, la porción musical del servicio de adoración se ha extendido, mientras que el tiempo del sermón se ha disminuido. No sorprende que muchos dientes espirituales tengan caries en nuestras iglesias.

El sinsentido elocuente abunda en los púlpitos de hoy, aunque en ocasiones ni siquiera lo son. La habilidad de muchos predicadores que sacan conejo tras conejo de sombreros obviamente vacíos es la maravilla de mucha predicación contemporánea. Hay cada vez más evidencia de que las personas se están cansando de estos trillados sermones de psicología *pop*. La predicación bíblica, sobre todo cuando se hace de una forma creativa, siempre satisfará las necesidades de las personas, ya sean percibidas o no. De hecho, es nuestra afirmación que *solo* la predicación bíblica puede satisfacer las necesidades espirituales verdaderas de las personas.

La predicación es un acto espiritual; mucha de su efectividad última recae en la función del Espíritu Santo y en la vida espiritual del predicador. Este tema con frecuencia se omite en los libros sobre predicación. Nadie ha ido más allá de la triada retórica de Aristóteles *logos*—, *pathos* y *ethos*— como la descripción de los elementos básicos de la comunicación poderosa y efectiva. Este libro inicia con estos asuntos en lugar de pasar de inmediato a los detalles de cómo hacer predicación guiada por el texto. El Dr. Paige Patterson detalla con experticia para nosotros la triada aristotélica y explica cuán importante es para la predicación efectiva. Para obtener una perspectiva histórica, Jim Shaddix nos lleva por un breve recorrido de algunos de los gigantes de la predicación guiada por el texto en el pasado. Bill Bennet y Ned Matthews siguen en este mismo trayecto con capítulos sobre cómo el Espíritu Santo faculta y las disciplinas espirituales de un predicador guiado por el texto.

En estos días todo parece tener un «propósito». Al comentar sobre este concepto valioso y aplicarlo a la predicación, creemos que la verdadera predicación expositiva debe ser «guiada por el texto». Con esto

queremos decir que los sermones no deben solo basarse en un texto de la Escritura, sino que también deben exponer el significado de ese texto. Con mucha frecuencia los predicadores toman un texto y luego sin más se apartan de él en el sermón. El texto bíblico se convierte no en la fuente del sermón, sino solo en un recurso; muchos predicadores usan un texto de la Biblia, pero el sermón que sigue no se deriva de ese pasaje.

David Allen presenta la parte 2 con un resumen de la metodología de la predicación guiada por el texto y cómo esto ayuda a la preparación del sermón. Los sermones guiados por el texto tratan con la estructura real del texto en sí, por lo que la función de la exégesis, el análisis del discurso, el análisis de los géneros y la teoría contemporánea de la comunicación se explican e ilustran en esta obra de una manera particular. La Biblia no tiene un solo género o estructura; contiene narración, poesía, evangelios, epístolas y profecía, entre otros; la predicación guiada por el texto no es un texto monolítico y modelado para predicar. Este libro investiga formas en las que la estructura del texto debe influir en la estructura del sermón. Se exploran asuntos tales como la diferencia de un sermón guiado por el texto en forma y estilo frente a una narración de una epístola del Nuevo Testamento. David Black, Robert Vogel y Herschel York abordan e ilustran estos temas.

La lingüística apunta ahora a que el significado se estructura más allá del nivel de la oración. Cuando el predicador restringe su enfoque a dicho nivel, hay mucho que se pierde en el discurso y que contribuye a su significado e interpretación generales. Los autores de este libro creen que la unidad de párrafo es mejor como la unidad básica de significado al exponer el texto de la Escritura. La predicación expositiva debe como mínimo tratar con un párrafo (como en las epístolas), mientras que en las porciones narrativas de la Biblia, varios párrafos que se combinan para formar la historia se deben tratar en un único sermón, ya que el significado de la historia en sí no se puede discernir cuando se fractura y se presenta parte por parte. En resumidas cuentas, la estructura del texto debe guiar la estructura del sermón, ya que el autor expresa el significado mediante el texto.

Este libro también aborda temas de bosquejos, aplicaciones y entrega de sermones. Muchos libros de homilética se enfocan más en la preparación y dedican poco espacio a la importancia de la aplicación y entrega. Ningún predicador puede dejar de tener en cuenta cómo dice lo que dice. El «cómo» puede no ser tan importante como el «qué», pero es importante. Danny Akin da en el clavo: «Lo que se dice es más importante que cómo se dice, pero cómo se dice nunca ha sido más importante». Jerry Vines nos lleva a este estudio y, desde su reserva de más de 50 años de predicación expositiva, nos enseña a entregar un sermón guiado por el texto. Danny Akin da una conclusión con un capítulo sobre el «cómo» de la aplicación en un sermón guiado por el texto.

Los autores de este libro creen que los siguientes componentes son esenciales para la predicación guiada por el texto. Primero, Dios ha hablado su palabra final en su Hijo, Jesucristo (Heb 1:1–2). Segundo, debido a que la Escritura es autoritativa, inerrante y suficiente, nuestro lema es siempre *Textus Rex* (el texto es rey). Tercero, como Ned Matthews señala en otro lugar,

El predicador se somete a la autoridad del texto. Por tanto, evita el método de la respuesta del lector de la hermenéutica posmoderna, que maneja el texto de tal manera que la perspectiva del autor bíblico se ve reemplazada por la perspectiva del lector. El predicador, como intérprete, en la medida humana de lo posible, busca vaciar sus presuposiciones, sesgos y conclusiones previas al acercarse al texto. Su meta es venir al texto, como si fuera la primera vez, para que él lo instruya, en lugar de que él instruya al texto.²

Los autores concuerdan en que la predicación guiada por el texto no está supeditada a técnicas de bosquejado artificiales, como la estructura de tres puntos y la aliteración; en cambio, la predicación expositiva

2 En correspondencia personal con los coeditores David Allen y Danny Akin con respecto a la necesidad de este libro.

es un término amplio que permite una gran variedad de estilos y estructuras para comunicar el mensaje del texto. El predicador guiado por el texto se esfuerza por practicar la exposición, no la imposición; evita métodos hermenéuticos defectuosos como espiritualizar o alegorizar el texto. La meta del predicador es permitir que el texto resalte en toda su particularidad y poder. El predicador guiado por el texto tiene la dirección del texto, no de la teología, ya que la teología sirve al texto, no al revés; dicho de otra forma, primero va el texto, luego la teología. Los predicadores guiados por el texto también creen que la creatividad reside en última instancia en el texto mismo. El primer lugar para buscar creatividad con el fin de usarla en la predicación con frecuencia es el último lugar al que muchos predicadores miran: el texto. Toda la creatividad en el mundo carece de valor si se rechaza, oscurece o ignora el texto en el proceso de la predicación.

Los autores de este libro no afirman que solo la predicación guiada por el texto tenga estos componentes. En su lugar, afirman que no puede haber predicación guiada por el texto sin ellos. Un sermón guiado por el texto es un sermón que desarrolla un texto al explicar, ilustrar y aplicar su significado. La predicación guiada por el texto permanece fiel a la sustancia, estructura y espíritu del texto.

Algunos predicadores, en lugar de exponer el texto, batallan astutamente con lo que hay afuera, haciendo malabares sobre baratijas para sorprender a la congregación. Los predicadores guiados por el texto evitan que la congregación salga sin entender lo que Dios está diciéndoles mediante el pasaje; es de esta forma que las personas encuentran a Dios. No es fuera del pasaje de la Escritura, sino mediante él que las personas encuentran a Dios. Jesús dice a los discípulos en el camino a Emaús, «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!» [...] Comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les explicó lo referente a Él en todas las Escrituras» (Lc 24:25,27).

Los autores de este libro están comprometidos con ayudarlo a cumplir el mandato de Pablo a Timoteo: «Predica la palabra» (2 Tim 4:2).

PARTE I:

**EL PREDICADOR
Y LA PREDICACIÓN
GUIADA POR EL TEXTO**

1

LA RETÓRICA ANTIGUA: UN MODELO PARA PREDICADORES GUIADOS POR EL TEXTO

Paige Patterson

Aunque no recuerdo nada del contenido de aquellos primeros sermones, he escuchado prédicas casi desde el momento de mi concepción. Encantado, motivado, confrontado, humillado, entretenido, aburrido, molesto y exasperado son solo unas de las formas en que me he visto afectado en esta larga travesía retórica. En algún lugar de este peregrinaje verbal, empecé a evaluar los sermones, a comparar predicadores y a estudiar metodologías y aproximaciones. Al tener la confianza constante de la juventud sumada al conocimiento suficiente para confundir un aire de perspectiva con el sabor de la percepción, decidí que se podían evaluar con facilidad los sermones y los predicadores. Alguien me señaló los cánones retóricos de Aristóteles, y concluí que había descubierto el prisma del discernimiento.

Con la madurez vino la revelación de que la predicación cristiana era un misterio que desafía todo intento de generar alguna fórmula

para la buena predicación. Primero, la observé en otros; un mensaje que me parecía poco refinado como mucho, para mi asombro, parecía que Dios lo usaba mucho. Por otro lado, un discurso elocuente, rico en detalles, ilustrado con brillantez y abundante en significativas metáforas no producía energía espiritual y poca respuesta entre los oyentes. Lo último algunas veces generaba alguna admiración, pero lo primero generaba vidas cambiadas.

Luego, observé este fenómeno en mis propios intentos de predicar. Con frecuencia, cuando pensaba que había estado cerca del éxito de predicar un buen sermón, poco pasaba de importancia espiritual. Cuando, en un misterio cubierto de enigma, titubeaba y, según yo, fallaba miserablemente, veía la poderosa mano de Dios obrando. Aprendí que «No por el poder ni por la fuerza, sino por Mi Espíritu» (Zac 4:6). Solo puedo concluir que la gran falla en la predicación y en libros de predicación es no invocar la unción de Dios sobre el predicador y su mensaje. Sin este toque, el predicador puede lograr elocuencia, pero su mensaje nunca será como una espada aguda de dos filos, que «penetra hasta la división del alma y del espíritu» y sirve «para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón» (Heb 4:12). Solo Dios puede hacer esto, y con frecuencia lo hace mediante insignificantes ejemplos humanos.

Al salir de una famosa iglesia una mañana de domingo, me encontré con un santo piadoso que se había sentado cerca de donde nos sumergimos en la elocuencia del predicador. «Bueno, ese fue un gran discurso», mi amigo atinó a decir. No quiso sonar como un crítico mordaz; solo dio un testimonio alarmante sobre el efecto del sermón del predicador. En el proceso, este ocupante permanente del banco de la iglesia me enseñó ahí mismo la más importante lección de una clase de Introducción a la Predicación, a saber, que una gran oratoria no necesariamente significa una predicación eficaz. El esfuerzo humano asiduo y la evaluación crítica retórica poco logran cuando un hombre de Dios aborda las necesidades del corazón humano al traer la palabra profética e inspirada de Dios.

Reconocer que otra dimensión —de hecho la más crítica— está detrás del esfuerzo humano no significa que se justifique el abandono

de la preparación, académica y espiritual, o de la preparación. En consecuencia, un predicador serio contemplará su arte de manera tan ardiente como cualquier otro artista, pero con el pleno conocimiento de que si es fiel y leal, puede anticipar la intervención de Dios, lo cual se desconoce en gran medida en la práctica de las artes retóricas en cualquier profesión o era.

En este capítulo se reconoce que los antiguos que primero meditaron sobre el arte de la retórica dan a los predicadores actuales una perspectiva sobre el arte de la declamación pública efectiva. Armados con estos pensamientos, un hombre de Dios fiel puede trabajar bajo la guía prometida del Espíritu Santo para llevar el texto a ser instrucción e inspiración para el pueblo de Dios. Ahora, como Elías en el Carmelo, debe orar para que el fuego descienda. Sin duda, el altar de Elías se construyó bien y los preparativos se consideraron con cuidado. Pero cuando el momento de la verdad llegó, Elías entendió de dónde descendería el fuego, por lo que clamó a Dios, el único que podía responder desde el cielo.

En este capítulo se considerará lo que se puede aprender de los antiguos sobre una buena «construcción de altares». Sin embargo, no se debe olvidar que el fuego viene solo de Dios. Empero los buenos altares tienen valor, y este valor es lo que el predicador debe buscar.

RETÓRICA Y DEMOCRACIA

La red de ciudades estado en el mundo helenístico dependía de una sociedad participativa en la que los ciudadanos ejercían una mayor influencia de la que podrían tener nunca en una monarquía. La comunicación era esencial para generar dicha democracia incipiente. Y ya que las perspectivas diferían, la capacidad de expresar los puntos de vista de forma eficaz adquirió un valor considerable.

La retórica clásica inició y siempre mantuvo su lugar sobre todo como un sistema de capacitación para varones jóvenes sobre cómo hablar eficazmente en una corte legal, lo cual se desarrolló

para las necesidades de la democracia participativa, sobre todo en Atenas. Bajo la democracia ateniense, cuando alcanzó su forma más radical en los siglos quinto y cuarto AEC, no había fiscales o abogados profesionales; la persona interesada traía tanto las imputaciones criminales, como los casos civiles. En ambas situaciones, por lo general se esperaba que el fiscal y el defensor hablaran a título personal, aunque si eran incapaces de hacerlo, un defensor representante podía hablar por ellos. Ya que a las mujeres no se les permitía hablar en la corte, debían tener la representación de un familiar varón. Cualquier evidencia de testigos se tomaba por escrito antes del juicio y un secretario la leía; se esperaba que el fiscal y el defensor dieran un discurso planeado de forma meticulosa, sin interrupciones de la corte. No había un juez que precediera para hacer preguntas, interpretar la ley o establecer la relevancia, solo un secretario para organizar los procedimientos; un grupo de jurados (*dikastai*) —que llegaban a al menos 201, y en algunos casos importantes a varios miles de personas, escogidos de entre los ciudadanos masculinos— juzgaban tanto el hecho como la ley. Para que un caso fuera efectivo ante tan grandes jurados, se requerían habilidades y confianza retóricas considerables.¹

De acuerdo con John Henry Freese, la isla de Sicilia es el lugar de nacimiento de la retórica.² Luego de la expulsión de los tiranos de Siracusa (467 a. C.), el regreso de los exiliados exigía la recuperación de la propiedad y el uso de oradores hábiles para argumentar sus casos. Por otro lado, Aristóteles se enfocó en Empédocles, cuyo pupilo se decía fue Gorgias, un famoso retórico. Platón usó la palabra *rhētorikē* en

1 T. O. Sloane, *Encyclopedia of Rhetoric* (Oxford: Oxford University Press, 2001), 94.

2 J. H. Freese, *Aristotle XXII; Art of Rhetoric* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1926), xii.

Gorgias (385 a. C.).³ Sin importar los orígenes, para el tiempo en que Aristóteles escribió su *Retórica* (ca. 330 a. C.) en Atenas, la práctica de la retórica era una parte conocida y, para algunos, respetada de la vida de las ciudades. Las reputaciones se construyeron o al menos se sostuvieron mediante el uso de la retórica y las discusiones sobre su naturaleza y uso. Cicerón (106–43 a. C.), Quintiliano (30–100 d. C.), Demóstenes (384–322 a. C.), Isócrates (436–338 a. C.), Anaxímenes (588 a. C.) y Aristóteles son solo unos pocos de los participantes en este arte. Demóstenes tenía algunas habilidades naturales y se sobrepuso a graves discapacidades para lograr la excelencia,⁴ mientras que Hermógenes de Tarso (160–230 d. C.) ya a la edad de 15 años había «logrado tal dominio del arte de la oratoria que atrajo la admiración del emperador Marco Aurelio con sus declamaciones y discursos improvisados».⁵

No todos en el mundo antiguo o desde entonces han sido fanáticos de la retórica. Wayne Booth, en su excelente obra *The Rhetoric of Rhetoric* (La retórica de la retórica), menciona la oposición en el *Fedro* de Platón, que Sócrates levantó, quien reñía con los sofistas al decir, «El que sea un retórico habilidoso no tiene necesidad de la verdad». Booth cita después una definición típica de la retórica, que dice «se concentra en lo peyorativo».

Retórica: es la teoría y práctica de la elocuencia, ya sea hablada o escrita, el arte completo de usar el lenguaje para persuadir a otros; expresión falsa, ostentosa, artificial o declamatoria; retórico: oratorio; inflado, sobredecorado o insincero en estilo; pregunta retórica: una pregunta en forma, para efecto retórico, no buscando una respuesta.⁶

3 Sloane, *Encyclopedia of Rhetoric*, 94.

4 *Encyclopedia Britannica* (Chicago: William Benton, 1768), 229.

5 H. Cancik et al., eds., *Brill's New Pauly Encyclopedia of the Ancient World* (Leiden, The Netherlands; Boston: Brill Academic, 2005), 6:224.

6 W. C. Booth, *The Rhetoric of Rhetoric* (Malden, MA: Blackwell, 2004), x.

Sin duda, el objetivo de la retórica antigua era persuadir. Sin embargo, el hecho de que el asunto no fuera verdad o preciso no le resta valor al arte para el predicador. Por el contrario, si el predicador está armado con la verdad de Dios, entonces el arte de la retórica se vuelve una herramienta de rectitud en sus manos. El abuso de los médicos nazis del escalpelo no hace a estos últimos sospechosos en términos morales. Además de la lógica de esa conclusión está el ejemplo de Pablo, quien por lo regular buscaba «persuadir» a sus oyentes (Hch 13:43; 18:4; 19:8; 26:28; 28:23; 2 Co 5:11). La tarea del predicador es persuadir a los pecadores para que se arrepientan y crean en el evangelio salvador de Jesús, el Cristo; debe exhortar (una forma de persuasión) a los santos para que sigan a Cristo, a mantener las perspectivas ortodoxas, a amar a los hermanos, a ser moral y éticamente puros, entre otras cosas.

Robert L. Dabney publicó su *Sacred Rhetoric* (Retórica sagrada) en 1870. Dabney resalta la importancia del habla:

El don del habla es el atributo más obvio que distingue al hombre de las bestias. Para él, el lenguaje es un servidor tan importante de su mente en todos sus procesos que sigue siendo incierto, como muchas facultades latentes, que solemos negar a los animales inferiores, pueden no estar inactivas en ellos, debido a su privación de este medio. Es el habla lo que nos hace en realidad seres sociales; sin ella nuestra atracción instintiva a nuestros pares nos daría, no una verdadera sociedad, sino una mera capacidad de juntarnos como rebaños. Es por el habla que la brecha se sortea, la cual aísla a cada espíritu de los otros. Esta es la facultad comunicativa que establece una comunicación entre los hombres en la experiencia del otro de razonamiento, sabiduría y afectos. Estas observaciones familiares se evocan ante usted para sugerir cuánta naturalidad e incluso entrega oral necesaria se debe emplear en el servicio de la religión. Si se consideran los tratos religiosos y sociales del hombre, no podemos sino esperar encontrar que un Dios sabio, desde el

principio, consagre su don del habla al fin de propagar el conocimiento y sentimientos sagrados.⁷

De hecho, los antiguos y sus contribuciones a la retórica proveen una enorme cantidad de grano para el molino del predicador. De Demóstenes se puede aprender el valor de evitar una narrativa larga sin interrupciones, así como el uso infrecuente pero habilidoso de las metáforas; El énfasis de Quintiliano sobre la formación del carácter e intelecto del orador es esencial para el predicador; los cánones retóricos de Cicerón son invaluable para los predicadores; Anaxímenes dominó el habla extemporánea, un arte que se puede observar en muchos predicadores dotados. Las limitaciones de espacio excluyen tales incursiones extensas en la literatura y prácticas de famosos retóricos. En su lugar, el enfoque aquí estará en los famosos tres medios retóricos de persuasión que Aristóteles dio en su *Retórica*. Estos, en orden de consideración para el predicador, son el *ethos*, el *logos* y el *pathos*. Aunque hay una cantidad de buenos métodos para evaluar el valor de un sermón, mi tesis es que, desde el punto de vista de la simplicidad y, al tiempo, la comprensión suficiente para cubrir el tema, estos tres cánones de la retórica, aunque nacidos en un contexto pagano, son adecuados y en verdad útiles. Ahora pasamos a ellos.

Ethos

La sencilla definición de Aristóteles sobre la retórica es la plataforma de lanzamiento para esta discusión. «La retórica se puede definir como la facultad de descubrir los posibles medios de persuasión con referencia a cualquier tema».⁸

7 R. L. Dabney, *Sacred Rhetoric, or a Course of Lectures on Preaching* (Chatham: W&J Mackay Limited, 1870), 20–21.

8 Freese, *Art of Rhetoric*, 15.

Los libros I y II de la obra *Retórica* se enfocan en el tema de la *diaonia* o pensamiento. La *Oxford Encyclopedia of Rethoric* llama a esta invención retórica la contraparte de la *dialéctica*. La retórica tiene que ver en sí misma con casos particulares, mientras que la dialéctica aborda temas generales.⁹ En estos libros Aristóteles describe la naturaleza de la «invención retórica».

Los medios de persuasión son no artísticos —leyes, testigos, contratos o juramentos, que el orador usa, pero no ha inventado— o artísticos, la invención del orador. Los medios artísticos de persuasión tienen tres formas, que han llegado a conocerse como *ethos*, la persuasión del carácter del orador como una persona de confianza; el *pathos*, las emociones de la audiencia movidas por el orador; y el *logos*, el argumento lógico basado en la evidencia y la probabilidad.¹⁰

En otros lugares de este libro se prestará atención a los medios no artísticos de persuasión, aunque no necesariamente con esa nomenclatura. En este capítulo el enfoque estará en los medios artísticos de persuasión, ya que se suele ignorarlos en la predicación guiada por el texto. Aristóteles presenta estos tres: «Ahora las pruebas que el habla suministra son de tres clases: la primera depende del carácter moral del orador; la segunda, sobre poner al oyente en determinado marco mental; la tercera sobre el habla en sí, en tanto pruebe o parezca probar».¹¹

La primera de estas tres demostraciones «artísticas» se puede denominar *ethos*, el carácter moral del orador. Aristóteles observa que, cuando un orador da un discurso de tal manera que se lo considera digno de confianza, tal impacto es mayor que la suma de los otros aspectos de

9 Por lo general, en la dialéctica el enfoque está en asuntos que no necesitan prueba, mientras que la retórica aborda asuntos que se deben probar o creer.

10 Sloane, *Encyclopedia of Rhetoric*, 99.

11 Freese, *Art of Rhetoric*, 17.

la declaración.¹² Para Aristóteles, este *ethos* debe generarse del habla en sí, en lugar de ideas preconcebidas acerca del orador. Mientras que esto podría a veces ser el caso, «la tecnología que hace al mundo pequeño» de la era moderna añade cada vez más importancia o credibilidad al orador contemporáneo. Pero de cierto podemos concordar con la conclusión del sabio cuando dice, «El carácter moral, por así decirlo, constituye el medio más efectivo de prueba».¹³ Virtudes como la justicia, la valentía, el autocontrol, la magnanimidad, la magnificencia, la bondad, el buen nombre, la liberalidad, la gentileza y la sabiduría práctica y especulativa están entre las virtudes elogiadas. «La virtud, parece ser, es la facultad de dar y preservar buenas cosas, una facultad productiva de muchos y grandes beneficios de todas las cosas en todos los casos».¹⁴

Cuando el predicador inicia su mensaje, los oyentes tienden a hacer juicios instantáneos sobre él y, por tanto, en alguna medida, también sobre su mensaje. Por ejemplo, los oyentes pueden decidir casi al instante si piensan que el predicador será aburrido o interesante: el predicador carece de la experiencia para saber aquello de lo que habla; su entrenamiento es al parecer bastante limitado; es grandilocuente pero no muy profundo; es un vendedor, y nunca compraría un auto que haya sido suyo. Todos estos juicios se relacionan con la credibilidad del predicador. Al avanzar el mensaje y alcanzar una conclusión, los congregantes continúan verificando o revisando esos juicios iniciales.

Los factores que establecen la credibilidad son muchos para este capítulo, pero el tema se puede abordar con dos categorías básicas: la preparación y el carácter. La preparación se trata de factores tangibles e intangibles, de los cuales se mencionarán tres a continuación.

12 *Ibid.*

13 *Ibid.*

14 *Ibid.*, 91.

El andar del predicador con Dios

Aunque nadie es parte de las devociones privadas del predicador, las Escrituras con frecuencia son elocuentes en su nota de los verdaderos hombres de Dios. En 2 Reyes 4:9, la mujer sunamita dice a su esposo, «Ahora entiendo que este que siempre pasa por nuestra casa, es un santo hombre de Dios», y sugiere que se debería añadir un cuarto para sus visitas. De Esteban se dice que «vieron su rostro como el rostro de un ángel» (Hch 6:15). Moisés se vio forzado a poner un velo sobre su rostro debido a que reflejaba el resplandor de la presencia de Dios (Éx 34:29–33).

Andar con Dios es el estudio de su carácter, meditar en sus palabras, buscar su propósito y conversar con él en oración. Entre más el predicador anda con Dios, sumerge sus mensajes en la presencia de Jesús y busca la guía del Espíritu Santo en su vida y mensaje, será más obvio para las personas con discernimiento que el predicador es un mensajero que viene directo de la sala del trono del Señor. Ni un solo factor es más convincente que un desafío de un hombre que al parecer anda con Dios de cerca. Cuando el resplandor del cielo se hace visible en la vida y rostro del mensajero, incluso aquellos ajenos a Cristo se ven afectados. Dios de cierto puede usar un vaso sucio, pues el evangelio sigue siendo cierto a pesar de la falencia de los predicadores. Pero el deleite de Dios sin duda está en la bendición efectiva sobre la labor de un vaso puro y santo; él no está bajo la limitación de traer otra cosa que juicio con respecto a vasos manchados.

Si me aventuro a lo impensable en una era casual, incluso la vestimenta es parte del *ethos*. La vestimenta formal nunca ha sido un gozo personal para mí; me gusta más andar con pantalones vaqueros, botas, camisa y sombrero. Además, me parece que la moda informal es menos propensa a volverse pretenciosa que algo más señorial y formal. Incluso aunque pueda admirar una buena corbata, me da la impresión de que el inventor de dicho artículo fue colgado por aquellos forçados a llevarlo. Todo esto sin quitar que la vestimenta casual de muchos ministros puede decir mucho más de lo que pretenden. Si el presidente

los invitara a la Oficina Oval, creería que la mayoría de los predicadores usarían su mejor traje. Pero cuando están ante Dios o su pueblo, muchos muestran poco respeto a ambos. Ahora quiero dejar claro que no todas las ocasiones o contextos exigen un traje formal. El mundo de la misión transcultural (ya sea internacional o en Norteamérica) llega a la mente; el tema para el ministro es de honor y respeto a Dios, a quien representa ante las personas. El predicador siempre debería mostrar respeto por Cristo y su iglesia —como mínimo, el mismo respeto que se considere apropiado para los dignatarios del mundo—. De otra forma, su *ethos* también sufrirá.

El estudio del predicador

Los oyentes no tienen que perseverar mucho para darse cuenta de si el ministro ha hecho su tarea. Si el predicador se ha sumergido en el pasaje hasta entenderlo, será capaz de extraer su significado y aplicarlo de manera fructífera a la asamblea. Si el predicador batalla para dar vida al texto, parece confuso en partes de este o si es claro que no es consciente de sus posibilidades, el público verá con rapidez su deficiencia al exponer el mensaje bíblico. Las ilustraciones comunes y antiguas, junto con la dependencia del trabajo de otros ministros bien conocidos, erosionarán rápidamente el *ethos* del hombre de Dios. No hay sustituto para la preparación espiritual, y no tener un estudio riguroso es por cierto un pecado, solo detrás de la falta de preparación espiritual. El estudio arduo no es opcional. Pablo, en 2 Timoteo 2:15, demanda lo siguiente al joven pastor: «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que maneja con precisión la palabra de verdad». El verbo *procurar con diligencia* es la traducción del término griego *spoudazō*, un concepto vívido de darse a uno mismo con celo para ser un trabajador sin vergüenza, sin vergüenza porque ha aprendido a manejar con precisión la palabra de verdad. La gran mayoría de los predicadores en la era contemporánea no son conscientes de la naturaleza obligatoria del estudio riguroso de la palabra de Dios.

La vida observable del predicador

Los vaqueros de pacotilla tienen sombreros de vaquero, botas y pantalones de mezclilla; alguno podría tener incluso una sogá y una montura. Puede hablar sobre el rancho e incluso usar terminología vaquera, pero póngalo sobre un caballo y en menos de un parpadeo descubrirá lo que es, que aunque parezca lo contrario, no es un vaquero. El predicador puede parecer elocuente, vestirse de forma profesional, tener credenciales adecuadas y conocer cómo moverse en el mundo ministerial, pero su vida no magnifica lo que predica, su *ethos* desaparecerá como el rocío sobre el pasto bajo el calor del sol de la mañana.

Las instrucciones de Pablo a Timoteo (1 Tim 3:1–7; Tit 1:5–9) con respecto al carácter y calificación de los ancianos enfatizan las demandas ejemplares para el predicador-maestro. En 1 Timoteo 4:12 el apóstol motiva a su joven discípulo, «No permitas que nadie menosprecie tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, fe y pureza». Todas estas instrucciones para el joven ministro se enfocan en una vida abierta a la mirada de los santos y, ya que estamos, el mundo observador. Al hacerlo, el predicador establece credibilidad o *ethos*, lo que da credibilidad a su mensaje.

La respuesta de un predicador a la ira, la tergiversación, el juicio de sus motivos, al abuso, la crueldad y otros son una verificación o falsificación de sus exhortaciones. La castidad de su lenguaje y vida, la comparación de su vida y acciones, y los afectos de su corazón añaden vitalidad a sus sermones o, por el contrario, les succionan la energía santa. La santidad de su unión con su esposa y el gozo de una paternidad sabia y fiel se traduce en que sus súplicas desde el púlpito tengan una doble persuasión; así se establece el *ethos* piadoso. El carácter del predicador puede descansar más allá de las habilidades observables del feligrés, pero al final no escapará de esas conclusiones. Al menos dos factores están en juego aquí.

Respeto por los oyentes

Los santos hacen juicios sobre los oradores, tal como los oradores evalúan a la congregación. Una de las primeras observaciones se enfocará en si el orador muestra respeto por la audiencia.

Debido a que los predicadores contemporáneos están tan acostumbrados a medir a su audiencia, tienden a olvidar que el mismo proceso está sucediendo en la dirección contraria. He aquí algunas de las preguntas que se hacen, la mayoría sin ser conscientes, sobre el respeto del predicador por el oyente. ¿Cree que soy un niño con su firme aseveración de lo obvio o su constante repetición? ¿Por qué me intimida? ¿Acaso intenta impresionarme con todas estas palabras rebuscadas? ¡Ay! Usted pensaría que al menos encontraría una nueva ilustración. He sido cristiano solo por dos años, y he escuchado esto seis veces. Está aquí por una gran ofrenda; entretiene, pero está desperdiciando mi tiempo porque hay mejores animadores en la televisión. Cualquier análisis del *ethos* del predicador incluye una evaluación de si su carácter es tal que puede respetar a la asamblea, incluso si no concuerda con la mayoría o todos ellos.

Poseción de virtudes

Los atributos básicos de la honestidad, la integridad y la justicia son la armadura primaria para un gran predicador. Una vez pregunté a mi padre por su impresión de George W. Truett, el famosísimo pastor de la Primera Iglesia Bautista de Dallas, Texas, desde 1987 a 1944. Él me dijo, «En retrospectiva, Truett no era un gran predicador». Luego añadió, «Pero era un hombre de tal integridad sin paralelo que quedabas asombrado casi como si estuvieras en la presencia de Dios». Eso es *ethos*. Escuché de otro famoso predicador (muy al estilo tejano), «Es tan fuerte como la respiración de una cabra, pero, ¿sabe?, siempre es tan meticulosamente justo». Esto es justicia. O de nuevo, alguien dijo con destreza sobre mi propio padre, «¿Alguna vez ha notado que todas sus ilustraciones al parecer son verdad?». Mientras que esta es una observación aguda del *ethos* de papá, algunas veces tiemblo cuando pienso sobre lo que la afirmación implicaba acerca de los predicadores en general. No es raro

ver en los comentarios una sección en la introducción sobre la integridad del texto, pero si el *ethos* del predicador no amerita una confianza similar, el mensaje del texto puede desbaratarse sobre los estantes flojos de las fallas en el carácter del orador.

Logos

Logos hace referencia al discurso o sermón en sí. El concepto de *logos* tiene raíces filosóficas que se extienden a los primeros días del pensamiento griego. B. G. Kerford observa,

Se reconoce en general que los primeros intentos de trazar una progresión lógica de significados en la historia de la palabra carecían de algún fundamento sólido, e incluso tratar de rastrear la historia de una sola «doctrina del *logos*» en la filosofía griega es correr el riesgo de buscar un patrón único cuando la verdad era mucho más compleja. Pero la extrema importancia de las «doctrinas del *logos*» de distintos pensadores es clara, y de cierto hubo relaciones entre las formas en que pensadores sucesivos usaron el término.¹⁵

Kerford luego comenta que la doctrina del *logos* en Heráclito era a la vez famosa y oscura, combinando las tres ideas del pensamiento humano acerca del universo, la estructura racional de este y la fuente de dicha estructura racional. El *logos*, dice él, era para los sofistas tanto los argumentos como de lo que trataban estos, mientras que para los estoicos, el *logos* era el principio de toda racionalidad y, como tal, con frecuencia se identificaba con Dios. Claro está, de la palabra *logos* viene el término en español «lógica»; la influencia de esta palabra se puede ver en su amplia presencia en la taxonomía de las ciencias —geología, psicología,

15 B. G. Kerford, "Logos", en *Encyclopedia of Philosophy*, vols. 5 y 6 (New York: Macmillan, 1967), 83.

sociología, biología, zoología y más— o en categorías teológicas como hamartiología o eclesiología.

Para el cristiano, la importancia del concepto se ubica en los *logia tu theou*, los «oráculos de Dios» (Ro 3:2). Aquí las palabras son más que términos; la Biblia constituye la misma voz de Dios. Incluso más fascinante es el uso que hace Juan de la idea para expresar los misterios de la preexistencia, deidad y encarnación de Cristo. En el prólogo al Evangelio de Juan, «En el principio ya existía el *logos*, y el *logos* estaba con Dios, y el *logos* era Dios» (Jn 1:1); de nuevo, «El *logos* se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1:14). Esto es suficiente para demostrar que tanto en los escritos de los filósofos griegos como en el Nuevo Testamento Griego, *logos* era un término importante.

Recientes defensores de la predicación narrativa no están seguros sobre este *logos*. David Buttrick dice, «Por tanto, la Biblia ofrece significado —no en cada pasaje; algunos pasajes bíblicos pueden ser en gran medida irrelevantes o incluso subcristianos— la Biblia ofrece significado al entregar una historia con un inicio y un final y, en medio, un entendimiento narrativo de cómo Dios puede interactuar con nuestra humanidad pecadora».¹⁶ El caso es de hecho peor. Buttrick afirma, «No hay un evangelio puro; no, ¡ni siquiera en la Biblia! Para ser franco, las escrituras cristianas son sexistas y antisemíticas».¹⁷ No hay *logia tou theou*, solo un testimonio religioso, mucho del cual está equivocado. Buttrick y otros se han excedido; se han desecho del evangelio. Si no tenemos certeza de la palabra de Dios para exponerla, entonces escuchar cualquier noticiero, según se prefiera, mostrará ser más entretenido y tan convincente como los predicadores.

Cuando se pregunta acerca del *logos* de algún sermón en particular, se pregunta sobre su lógica, así como por su contenido. En cuanto a la lógica del mensaje, se puede preguntar primero, ¿el mensaje tiene

16 D. Buttrick, *A Captive Voice: The Liberation of Preaching* (Louisville: Westminster/John Knox, 1994), 17.

17 *Ibid.*, 75.

sentido? Esto no es solo una duda general, sino un intento de verificar si el mensaje tiene un objetivo razonado, una progresión ordenada y una conclusión convincente. ¿Está bien unido y su propósito es claro y potente? ¿Hay contradicciones aparentes o reales en el sermón; y si hay paradojas intencionales, estas se defienden al menos con respecto a la justificación de dejarlas sin resolver? ¿Las proposiciones, postulados, puntos (como quiera llamarlos) se siguen de manera lógica y desarrollan el tema general, o no se relacionan entre sí y son tangenciales al texto?

No ha pasado mucho tiempo desde que un gran predicador, en el proceso de prepararse para una conferencia o sermón, me lanzó esta intrigante pregunta: «¿Quiénes son los grandes predicadores bíblicos hoy?». ¡No buscaba predicadores que tuvieran textos, sino textos que tuvieran predicadores! Como Jeff Ray ha afirmado de manera tan conmovedora,

Sé que la predicación expositiva genuina es tan rara como una multitud de búfalos en nuestras praderas tejanas. Si me pregunta por qué, le diré. No la encuentro en un libro o en la observación de otros predicadores; la encuentro en la experiencia personal y práctica. Cuando debo preparar un sermón, es muy fácil deducir un tema y adornarlo con superficialidades brillantes y encajarlo como un mensaje de la palabra de Dios. Pero encuentro muy difícil y demandante indagar una interpretación adecuada de un pasaje de la Escritura y coordinar los resultados de esa indagación en un bosquejo eficaz y lógico. Debido a que se me permiten pocas ocupaciones aleatorias e inconsecuentes en mi horario, encuentro necesario seguir la línea de menos resistencia y así he adquirido, y sin duda usted también, el hábito de preparar sobre todo sermones temáticos. Soy un «perro viejo» ahora y se me dice que es difícil enseñar a un perro viejo trucos nuevos, pero le digo de manera solemne que si pudiera volver cincuenta años en el tiempo, haría de la meta de mi vida ser un

expositor real de la palabra en lugar de un declamador retórico sobre temas y eslóganes.¹⁸

El problema no es la adherencia total a lo que se conoce por lo general como «exposición»; aprender las tres categorías convencionales de sermones —temático, textual y expositivo— es una disciplina útil. Sobre todo, se debe dominar la exposición en su forma clásica. Sin embargo, el problema aquí no es que el predicador seleccione siempre un pasaje extenso, tomando todos los «puntos» y subtítulos importantes del texto. Mi propia conclusión es que la buena predicación consiste en ayudar a las personas a leer la Biblia. Un predicador puede ser un orador persuasivo; pero si es solo eso, ¿cómo es superior a los retóricos griegos? Por otro lado, como predicador bíblico, el profeta guiado por el texto explica, ilustra y aplica el texto. La perícopa bajo escrutinio debe tener mucho en común con los huesos secos de Ezequiel. Las partes esqueléticas se acomodan por sí mismas y se unen. Los tendones, ligamentos y piel cubren lo que es solo un cadáver hasta la refrescante ráfaga de la presencia del Espíritu que vivifica el sermón, y las palabras del texto saltan de las páginas de la Sagrada Escritura a los corazones de los oyentes.

Muchos practicantes contemporáneos del arte homilético están aburridos con dicha tarea. Se inquietan por lo que predicarán el siguiente domingo, y en alguna parte en los escondidos recovecos del alma saben que sus mensajes son vacuos —suenan y resuenan a poco más que opiniones humanas y psicología *pop*—. Como el inimitable Spurgeon advertía, «Estimados por sus sólidos contenidos en lugar su área superficial, muchos sermones son especímenes muy malos de discurso piadoso [...] la verborrea es con mucha frecuencia una hoja de parra para cubrir la desnudez de la ignorancia teológica».¹⁹ Otro parecen de hecho disfrutar de sí mismos al involucrarse solo en «naditos de perro» en la superficie religiosa, mientras que el predicador nunca descubre la belleza de las

18 J. Ray, *Expository Preaching* (Grand Rapids: Zondervan, 1940), 81–82.

19 C. H. Spurgeon, *Lectures to My Students* (Grand Rapids: Zondervan, 1972), 71–72.

profundidades; no se les muestra esa belleza a los santos y a los pecadores que han venido a escuchar de Dios, pero que con frecuencia se van solo entretenidos. Como un buzo de profundidad, puedo garantizarles que sin importar lo intrigante que puedan ser los surcos y horizontes de la superficie del océano, el fulgor del arrecife de coral, la majestad de las suaves «alas» de la mantarraya y la imponente magnitud del tiburón ballena, junto con otros misterios de las profundidades, exceden por mucho esa superficie.

El sermón debe ser el clímax de la semana del predicador. Spurgeon dijo,

Trace un círculo alrededor de mi púlpito y llegará al punto en que estoy más cerca del cielo. Allí el Señor ha estado más conscientemente cerca de mí que en cualquier otro momento. Él ha cautivado mi corazón mientras intento animar y consolar a sus dolientes. Muchos de ustedes pueden decir lo mismo de su banco donde les gusta sentarse; ha sido un Betel para ustedes, y el Señor Jesús se ha revelado a ustedes en medio de su pueblo.²⁰

Esdras fue un pionero de la predicación basada en el texto al leer la Torá a la gran congregación (heb. *qāhāl*) desde un púlpito, mientras que los predicadores levíticos «explicaban la ley al pueblo mientras el pueblo *permanecía* en su lugar» y les daban su significado (Neh 8:1–12). Como cabe esperar, cuando se explica el *logos*, las personas primero lloran su pecado y luego se regocijan en la gracia y perdón de Dios, para después celebrar la ocasión alrededor de la mesa (Neh 8:10–12). La mayoría de la predicación contemporánea parece aún estar inspirada en las cenas compartidas, pero la programación ligera de *logos* produce poco arrepentimiento y, en consecuencia, una escasez de gratitud a Dios y de gozo.

20 C. H. Spurgeon, *The Mourner's Comforter* (Columbia, MD: Opine, 2007), 110.

Un médico observador recopiló un hecho similar al narrar un paseo desconcertante poco después de la resurrección de Jesús. Al juntarse con los dos lúgubres discípulos que se dirigían a Emaús, Lukas observa que «comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, [Jesús] les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían» (Lc 24:27, RVI960). La palabra traducida como «declaraba» (gr. *diērmēneusin*) proviene de la raíz de la palabra española «hermenéutica». *Hermēneuō* se relaciona con *Hermes*, el mensajero de los dioses, cuyas dudosas responsabilidades mitológicas incluían aclarar los sentimientos de los dioses a los humanos —y entre sí—. Hermes era necesario porque a veces estos dioses caprichosos no se hablaban entre sí.

Jesús explicó a Moisés y a los profetas (que en conjunto son el canon hebreo) de una forma cristológica —un modelo para toda predicación cristiana genuina—. Hubo dos resultados medibles. Primero, el *logos* de la predicación del *logos* eterno hizo que sus corazones ardieran (Lc 24:32). Solo la predicación basada en el *logos* tiene la posibilidad de producir este efecto. Segundo, los dos caminantes volvieron a Jerusalén y con emoción compartieron su experiencia con el Señor resucitado (Lc 24:33–35). La predicación basada en el *logos* (texto) generará corazones ardientes y testimonios crónicos.

Con respecto al contenido del mensaje en sí, se debe determinar primero si el predicador ha entendido el texto y captado su tema. Un predicador bíblico no solo debe comprender el propósito general de su texto, así como otra información disponible acerca del texto, sino que debe también tener suficiente comprensión teológica y un entendimiento por encima del promedio de la Biblia para establecer su texto adecuadamente en su entorno teológico. Los grandes predicadores son conscientes de la necesidad de ser capaces de hacer exégesis y exposición dentro de un marco histórico del cual estén percatados en todo momento. Cuán poco entendimiento real del conocimiento bíblico en los predicadores de Norteamérica se refleja en el relativo analfabetismo bíblico y confusión teológica en la mayoría de las congregaciones.

Ahora, el oyente podría preguntarse, «¿Estoy aprendiendo como resultado de este sermón? ¿No solo estoy creciendo en mi conocimiento del texto en sí, sino que también estoy desarrollando mis propias habilidades para “trazar con precisión la palabra de verdad”? ¿Lo que se está proclamando aquí tiene alguna importancia considerable para la vida y la eternidad?». Si estas preguntas se pueden responder de manera afirmativa, entonces el *logos* del predicador está tal vez por encima del promedio.

Pathos

En los documentos del Nuevo Testamento, *pathos* con frecuencia aparece como una palabra descriptiva de la vileza del pecado (Gá 5:24; Ro 7:5). Pero Michaels observa que la palabra tiene significados positivos (2 Co 1:5; 1:7) y es en esencia neutral en su historia. Sugiere que la idea de *pathos* es «experiencia».²¹ Liddell y Scott, en su monumental léxico de griego clásico, confirman este juicio, incluso aunque su primer significado sugiere que es «aquello que sucede a una persona o cosa».²² Al final, casi todos los lexicógrafos se van al significado más comúnmente aceptado de «emoción». Cuando la mayoría de las personas piensa en *pathos*, lo probable es que se evoque el entendimiento de emoción. En Aristóteles, la intención parece ser evocar emociones en el oyente. Pero esto podría apenas lograrse sin *pathos* en el predicador.

Con el fin de estimar la efectividad de un sermón, Hechos 1:3 puede ser el mejor texto para ayudar a confirmar el significado más útil de la palabra. Aquí dice la Biblia, «a quienes también, después de haber padecido (gr. *pathein*), se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios». Aquí la palabra hace clara referencia a los sufrimientos de Jesús en su muerte expiatoria. La idea de experiencia o lo que sucede a una

21 W. Michaelis, “*sphazo*”, TDNT 7:926–30.

22 H. G. Liddell and R. Scott, comp., *A Greek-English Lexicon* (London: Oxford University Press, 1966), 1285.